



MAX UHLE
Y EL PERU
ANTIGUO

PETER KAULICKE
Editor

Capítulo 4



Max Uhle



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 1998

Primera edición, setiembre de 1998

Edición: Peter Kaulicke

Traducción de los textos de alemán al español:

Rafael E. Valdez y Peter Kaulicke

Redacción, diagramación y cuidado de edición: Rafael E. Valdez

Carátula: AVA diseños

Max Uhle y el Perú Antiguo

Copyright © 1998 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18.
San Miguel, apartado 1761, Lima, Perú.
☎ 460- 2870/460-2291, anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o
parcialmente, sin permiso de los editores.

Derechos reservados

ISBN 9972-42-139-2

Impreso en el Perú - Printed in Peru

IV.

JULIO C. TELLO VS. MAX UHLE EN LA EMERGENCIA DE LA ARQUEOLOGIA PERUANA

Peter Kaulicke

En un libro reciente se encuentra la siguiente evaluación:

“Tello y Uhle son indudablemente dos pilares opuestos de la arqueología peruana. Tello representa el nacionalismo de una arqueología comprometida con el presente. Uhle es el investigador extranjero encerrado en un gabinete de trabajo, ignorando el presente, la identidad nacional y la conservación de los monumentos arqueológicos, actitud seguida hasta la fecha por todos los arqueólogos extranjeros que trabajan en el Perú. Más aún, creemos que son pilares distintos en la consecución de la arqueología como ciencia, aspecto que se hace notar después de la muerte de Tello”.

La tarea de Tello, en cambio,

“es reivindicadora, trata de articular el proceso cultural en forma global, explicándolo en relación con el medio ambiente. Por ello usa la etnología vigente, costumbres, mitos, en analogía con la iconografía. Sustenta la continuidad de la cultura andina, por ello habla de una cultura viva, sin hacer historia de fases, tipos y estilos. Uhle, en cambio, pese al manejo de temporalidad en los estilos y tipos, se equivocó al plantear que las culturas protoideas eran anteriores a Chavín y que derivaban de la cultura maya de Centroamérica. De este modo estableció la teoría difusionista y justificó la presencia foránea como causa del desarrollo cultural” (Morales 1993: 19).

Estas palabras reflejan la posición de muchos arqueólogos peruanos y encierran varias premisas, las cuales expresadas en esta forma se reducen a oposiciones como arqueología como antropología vs. arqueología como historia, arqueología teórica vs. arqueología analítica, evolucionismo vs. difusionismo, indigenismo vs. imperialismo y todo ello concentrado en dos grandes oponentes: Julio C. Tello y Max Uhle. Como estas líneas también sugieren que esta oposición llevó a con-

secuencias que aún se sienten hoy en día, esta apreciación les confiere una actualidad palpitante a ambos científicos que merece una reflexión algo más profunda acerca de sus aportes.

En primer lugar requiere de un análisis de los muchos trabajos publicados tanto por Uhle como por Tello. Este tipo de análisis, sin embargo, resulta algo difícil ya que en el caso de Uhle se cuenta con más de 200 publicaciones, muchas de ellas de difícil acceso, obras publicadas solo en idioma alemán o inglés y algunas con versiones al castellano que destacan por su defectuosidad. Se distribuyen sobre un lapso de más de 60 años (1880-1943) lo cual implica cambios significativos en los conceptos emitidos. Finalmente una parte muy significativa se mantiene inédita (Rowe 1954; cf. este volumen, Parte B, I, VII).

Los trabajos de Tello se concentran entre los años de 1913 y 1944; algo más de la mitad de ellos son artículos en periódicos o revistas de divulgación, igualmente de difícil acceso al interesado (Espejo 1948). Asimismo para Tello vale que gran parte de sus manuscritos se encuentran escondidos, en su caso en un archivo inaccesible.

Esta situación compartida hace sospechar que las opiniones arriba señaladas no se basan en evaluaciones concienzudas de la producción científica sino corresponden a imágenes. De esta manera, Uhle cae víctima de una especie de leyenda negra mientras que Tello es exaltado en su faceta de hombre político, la cual efectivamente ha ocupado un lugar destacado en su vida y su carrera (para vida y obra de Tello cf. Mejía X. 1948). Esto quizá se expresa mejor en las palabras de Pedro Weiss para quien

“Tello no fue humanista, su obra es de factura incaica, después de la conquista no hay en el Perú nada en su estilo con que compararla. Fue de raza indígena pura e hizo ciencia como los Incas, sin palabras, sin papel, en una forma completamente opuesta a la Indo-española... Tello en el Perú por la forma y magnitud de su obra sólo puede ser comparada con los gigantes anónimos que hicieron Tiahuanaco, Ollantaytambo, Chavín y concibieron Macchupichu y los canales subterráneos de Nasca” (Weiss 1948: 50).

Comencemos con lo que para Uhle fue la tarea principal: “El estudio del pasado del suelo anterior a la Conquista por medio de la arqueología se impone... como una necesidad vital en todos los estados americanos”, pero “[ellos] son jóvenes, en los campos variados de la vida no se han despertado todavía al entendimiento de su deber, disipan las fuerzas de su juventud sin pensar en las necesidades que tendrán en el tiempo de su madurez. Ahora la historia les parece de poca importancia, gozan su vida como si nunca hubiese de venir el tiempo en que necesitarán las fuerzas sacadas de las enseñanzas del pasado para mantenerse derechos” (Uhle 1917c; cf. Parte B, VI). Esta preocupación conlleva a la necesidad de comprobar la existencia de una historia anterior a aquel imperio esplendoroso que tuvo que enfrentarse a los españoles, quienes después de su destrucción especularon sobre el origen de los incas y el origen del hombre americano sin los beneficios de fuentes escritas con anterioridad a la llegada de los europeos. La historia, por tanto, se convierte en utopía en las plumas de Garcilaso de la Vega o Guaman Poma, los que invocan un mundo prehispánico inmensamente mejor que el presente (cf. Kaulicke 1998). Para ello era necesario “completar” las historias genealógicas y de “comprobar” la existencia de una escritura perdida en el Perú, como lo hace Montesinos (1957) u otros. Mientras que Uhle se muestra cauteloso en la evaluación de la historiografía de los siglos XVI y XVII, Tello se inclina por aceptar la veracidad de los datos proveídos por Guaman Poma. En 1939 escribe acerca de éste que “no existe libro alguno escrito en este periodo, que pueda competir con él en riqueza de información histórica y en clarividencia y valentía del autor para enjuiciar los acontecimientos de su tiempo” (Tello 1939: 5). Le parece factible purgar toda la contaminación foránea para llegar al “verdadero sentido de sus pensamientos” y sostiene en una de sus obras principales la veracidad histórica de un Imperio Yaro Willka, “el más viejo de los que existieron en los Andes” con una historia de cinco milenios para concluir: “Dos imperios surgen a manera de gigantescas pirámides destacándose y perfilándose en las penumbras del pasado, el de Yaro Willka y el Inka. El estudio de su historia constituye uno de los más caros propósitos de los últimos tiempos” (Tello 1942: 640-641).

Este tipo de comprobación, sin embargo, no cuenta con una sólida hermenéutica sino se basa en una aceptación optimista de datos que no permiten la contrastación y sustentación con otras fuentes independientes. Queda, por tan-

to, la comprobación mediante un estudio de las fuentes directas del pasado prehispánico cuyo carácter es esencialmente histórico pese a no contar con sistemas de comunicación que nos especifiquen los conceptos históricos que tuvieron sociedades prehispánicas de ellas mismas y pese a no proveer fechas calendáricas. Uno de los principios básicos de la arqueología prehistórica es la cronología. Esta cronología indudablemente equivale a un marco histórico válido gracias a una serie de procedimientos analíticos basándose en constantes comprobaciones cruzadas. Estos métodos, sin embargo, se enfrentan con un cierto desdén entre algunos arqueólogos peruanos, considerados por ellos como un conjunto de técnicas de utilidad cuestionable y valor reducido frente a la construcción de hipótesis. Según Santisteban (1956: 18-19), Tello enseñaba que “el método estratigráfico es ante todo geológico y el tipológico es esencialmente arqueológico, el criterio de forma, de cochura, de tamaño, decoración, textura, confección y composición química, etc. En la ceramografía, dice, se requiere únicamente sentido común, intuición”. Quizá por ello Tello duda de la validez de las conclusiones de Uhle y se hace defensor de críticos a éste como el sucesor de Uhle en Berlín, Eduard Seler, cuya muerte es motivo para Tello de traducir un trabajo suyo en el cual se rechazan las conclusiones de Uhle, más por razones de “sentido común” que por un análisis pormenorizado de sus argumentos (Seler 1923 [1912]; Tello 1923b). En su trabajo de 1921, *Introducción a la Historia Antigua del Perú*, Tello manifiesta que “las culturas hijas de una misma madre, algunas veces mellizas o desprendidas en la misma época, pueden mezclarse y amalgamarse, la una superponerse a las otras y originar así confusiones y errores en la interpretación cronológica de las culturas” (Tello 1921: 42). Esta relativización algo mística casi podría entenderse como el afán de llevar la tipología *ad absurdum*. Para entender su posición conviene explicar la visión global de Tello en el mismo trabajo que se entiende como un ataque frontal a los poligenistas. Según él, el énfasis en la demostración de diferencias geográficas, estilísticas, lingüísticas y religiosas lleva a una importancia exagerada “a las peculiaridades de los estilos, de las construcciones; y en otros, en las simples formas y ornamentaciones en la alfarería, se ha confundido la característica etnológica, que, por lo general, es producto del medio, para crear individualidades culturales específicas” (Tello 1921: 7). Para Tello “todo el Perú puede considerarse una región geo-étnica”, no hay diferencias étnicas, sino existe una unidad cultural, lingüística y, sobre todo, religiosa. Esta unidad

forma la base cultural en una época arcaica cuya solidez se basa en logros como el cultivo de plantas o la domesticación de animales, que a su vez posibilitan el megalitismo de Chavín, Tiahuanaco, etc. En su teoría andina de las tres épocas (Tello 1929), que lleva a la de las Cuatro Edades de la Civilización Andina (Tello 1942), se nota una serie de modificaciones en su propuesta de una secuencia general, la cual en grandes rasgos corresponde a la de Uhle; más aún, se observan algunas coincidencias en los cálculos de las edades respectivas.

Por ello, el motivo principal de la controversia con Uhle es el problema del origen. La validez de las secuencias establecidas en diferentes valles costeros lleva al reconocimiento de una edad sorprendentemente alta de las culturas de alto grado de desarrollo como Mochica y Nasca. Uhle considera con razón que evidencias de la existencia de pescadores del litoral deberían reflejar poblaciones anteriores (cf. este volumen Parte B, I). Los entierros sencillos, las características de la cerámica, textilera, industria ósea, etc., comprueban un estado de primitividad que se deja comparar con el estado cultural de las tribus selváticas y los uros considerados como manifestaciones modernas de una primitividad "congelada" desde épocas anteriores a la existencia de la alta cultura. La imposibilidad de considerar la existencia de cambios culturales entre ellos fue aceptada generalmente en el tiempo de Uhle y después de él tanto en el Perú como en Europa o América del Norte. La existencia de productos agrícolas y de cerámica, sin embargo, le sugiere que estas señales de complejidad no les son propias, sino adaptadas de portadores de culturas más avanzadas. Por ello reconoce elementos proto-nazca en la cerámica de Ancón y Supe. En estos como en otros sitios donde Uhle encuentra vestigios de estos pescadores no existe una estratigrafía que pueda comprobar la anterioridad a su Proto-Nazca, tampoco logra encontrar vestigios sin cerámica pese a su búsqueda intensiva en el Perú (cf. este volumen, Parte B, I). Su evaluación es por tanto comprensible y no sorprende que Willey y Corbett quienes vuelven a excavar en los mismos sitios de Uhle no llegan a revisiones importantes (1952). Más tarde, durante su estadía en Chile, sí encuentra vestigios aún más primitivos de una raza primitiva que le recuerda a rasgos neandertalenses, lo cual toma como prueba para la existencia de sustrato primordial ya que en Chile no se vislumbran elementos culturales avanzados hasta con gran retraso referente al Perú (Uhle 1917, 1918; cf. Dauelsberg 1995).

Ahí, por tanto, llegan impulsos de portadores de la alta cultura que provienen de Centroamérica. Para Uhle los vínculos entre ambas áreas nucleares eran una realidad indiscutida. Está arraigada en él desde su formación académica en Alemania y no causa asombro o rechazo en los círculos académicos del Perú (cf. Wiesse 1913; Urteaga 1914; cf. Kaulicke 1997) donde el hiperdifusionismo llevó a tales extremos que la posición de Uhle resulta moderada. Por ello sería absolutamente injustificado interpretar su posición como desprecio por la raza indígena del Perú.

Para Tello, sin embargo, tal hipótesis -como vimos ciertamente una de las más débiles de Uhle-, era insostenible. Dentro de su razonamiento indigenista -el indigenismo experimentó un auge importante en su tiempo- tenía que demostrar lo equivocado de este enfoque. Esto implicaba en primer lugar que la costa no era una zona apropiada para los orígenes de la cultura peruana ya que potencialmente es transmisora de influencias foráneas. Uno de sus principales argumentos es el origen de la agricultura oriunda del Perú con la domesticación de plantas y animales endémicos cuyo habitat es la sierra y la montaña. Y esboza una cadena evolucionista desde un cultivo primitivo en la Floresta, una gradación cada vez más compleja al subir por los Andes y al propagarse por las punas para llegar por último a la costa donde el cultivo sólo es posible por medio de la irrigación artificial (Tello 1942). Originalmente piensa que estos desarrollos se dan en la sierra; Tello asocia las ruinas de Chavín, su gran centro del Formativo, con una cerámica tan rudimentaria que piensa que se deriva de formas naturales de plantas como mates y otras (cf. Tello 1929). Hoy sabemos que este estilo, llamado Huaylas por él, hoy Recuay, claramente es posterior a Chavín. La dificultad, semejante a la de Uhle, de tener que aceptar un estilo acabado como el de la alfarería, del arte lítico y de la arquitectura de Chavín, le lleva a buscar orígenes más al Este, en un área donde lo "arcaico" está presente aún. Tanto Tello como otros reconocieron los paralelos estrechos entre cabezas trofeo de la selva (Jívaro, Mundurucú) y representaciones como ejemplares reales de cabezas-trofeo en el Perú Antiguo de la costa (Tello 1918). Encuentra además motivos selváticos en la iconografía lítica al reconocer un bestiario que se compone de animales carnívoros como jaguar, buitre real, anaconda, etc. Por ello postula la existencia de un arte en madera como prototipo del arte lítico de Chavín (Tello 1945). Es obvio que Tello se enfrenta a un problema no tan diferente al de Uhle por tener que definir oríge-

nes sin poder mostrarlos fehacientemente. En su versión final, Chavín se convierte en una especie de imperio que surge misteriosamente de las brumas selváticas convirtiéndose en época de oro en la cual rasgos arcaicos se amalgaman con otros nunca superados y para terminar en sucesos apocalípticos que sepultan sus restos por completo (Tello 1945; cf. Carrión Cachot 1948).

Ya en 1910 Uhle acepta la existencia de grupos en la selva durante su periodo primordial ya que tiene evidencias de “relaciones comerciales entre los habitantes de la costa peruana y tribus transandinos”, contactos que se intensifican después, notablemente en Tiahuanaco y con los incas (Uhle 1910). Estos contactos, sin embargo, no los interpreta como migración o colonización desde el oriente, sino piensa en una cierta independencia de las sociedades selváticas que reciben impulsos serranos o costeros cuyo impacto explica la adquisición de un grado mayor de complejidad cultural entre ellos.

Hoy sabemos que ambos pioneros de la arqueología peruana carecían de conocimiento de otra época, inmensamente más larga que hoy se llama Arcaico o Precerámico. Su presencia fue negada rotundamente por Tello (cf. Willey 1985) y se aceptó plenamente sólo después de su muerte. Curiosamente su descubrimiento se debe a otros dos pioneros, el norteamericano Junius B. Bird en la década del 40, y del peruano Augusto Cardich a fines de la década del 50. En vez de los 2000 o 3000 años aceptados por Uhle o Tello se cuenta ahora con más de 10 000 años en los cuales la domesticación de plantas y animales tomó lugar mucho antes que la aparición de Chavín. También la presencia de arquitectura compleja y de arte figurativo le precede considerablemente. De esta manera el origen de la civilización en el Perú se presenta como algo mucho menos abrupto y mucho más complejo, probablemente debido a intensificaciones de contactos entre regiones en vez de procesos puntualizados en una de las regiones naturales del Perú (cf. Kaulicke 1994).

Antes de pasar a las consecuencias de la controversia Tello vs. Uhle en la actualidad quisiera enfocar brevemente otros aspectos en relación a la evaluación crítica que presentamos al inicio de la exposición. Me refiero a los vínculos de la arqueología con otras disciplinas, a lo que ahora se llama proyección social de la disciplina y a la protección del patrimonio arqueológico, en particular a lo que se refiere a Uhle.

Sería equivocado clasificar a Uhle como arqueólogo o prehistoriador por la formación que recibió en Alemania. De acuerdo al ideal humanista de la educación alemana de fines del siglo pasado, la formación universitaria se caracterizaba por una amplia gama de disciplinas, en el caso de Uhle incluyendo etnología, etnografía, lingüística y quizá otras más. Esta orientación multidisciplinaria se refleja frecuentemente en sus obras y lleva a aportes significativos en otros campos que sabe relacionar con problemas arqueológicos. Por ello la imagen de un tipólogo de gabinete de la que aparentemente goza entre los arqueólogos peruanos dista mucho de la realidad. Sus frecuentes desplazamientos, sus actividades de trabajo de campo y la indisponibilidad del material excavado no le permiten dedicarse a prolongados análisis tipológicos; en la lectura de sus trabajos frecuentemente se desearía que presenten estas supuestas tipologías, ya que en vez de ello se limita a notas escuetas. Su relación con la antropología se refleja en las siguientes frases pronunciadas durante su discurso inaugural como nuevo Director del Museo de Historia Nacional en 1906:

“Despertemos el pasado, reconstruyamos la grandeza de sus monumentos, de sus templos, penetremos en su espíritu estudiándolo y dando vida a las costumbres y usos, en las técnicas, en los idiomas, en el folklore y en la música de los indios de nuestros tiempos... todo lo que todavía podemos oír, ver y observar en el Perú, donde una gran parte de las costumbres antiguas aún son practicadas: hasta la antigua organización gentil, existe todavía en la Sierra, como también el título y el oficio de los Incas.” ... “Ojalá fuese posible salvar algo de la perfección técnica y la paciente diligencia de los antiguos peruanos para el desarrollo industrial moderno!” (Uhle 1906: 413).

En el mismo discurso Uhle toca también otro punto que desmiente su supuesto desinterés en la conservación del patrimonio arqueológico:

“Pido protección para monumentos del país que han persistido millares de años que necesitan que se destierre lejos de ellos a los vándalos, que ahí quieren buscar tesoros, a los frívolos que explotan los palacios antiguos para diferentes usos de sus haciendas. Lo que principie a desmoronarse por la acción del tiempo o la fuerza de los elementos hay que restaurarlos para que lo que es orgullo de la generación presente

sea transpasado también a la posterioridad. Un pueblo que honra a su pasado honra a si mismo" (Uhle 1906: 414).

Esto no es pura retórica ya que Uhle presenta varios proyectos de ley para la protección (Uhle 1917c) sin que sus esfuerzos se vean coronados con éxito debido al desinterés de las instituciones gubernamentales de turno.

Este desinterés le cuesta también su puesto de director, una suerte compartida varios años más tarde por Tello que se mantiene en el museo aún menos tiempo que su colega alemán.

De esta manera los contrastes creados entre ambos personajes se reducen más al discurso promocionado por Tello y sus seguidores que a divergencias insuperables dentro de posiciones opuestas. En este sentido es menester enfatizar el gran valor de los aportes de Tello en el campo del estudio de ritos, destacándose nítidamente su gran obra *Wallallo* en coautoría con Próspero Miranda (1923) y sus múltiples aportes acerca de la cosmovisión y religión andina culminado en su trabajo *Wirakocha* (Tello 1923a).

Este vínculo estrecho con la antropología subsiste después de Tello ya que académicamente la arqueología formaba parte de programas académicos de antropología, con lo cual se entiende básicamente antropología social y cultural. Este parentesco no solamente se acepta en el Perú sino también en los Estados Unidos donde uno de los más destacados arqueólogos americanistas, Gordon R. Willey, proclamó categóricamente: "Arqueología es Antropología o no es nada" (cf. Friedel 1994: 63). Si tomamos este dictamen literalmente tendríamos que aceptar que la arqueología peruana en la actualidad no es nada ya que se optó por separarla de la antropología como disciplina académica independiente a partir de 1974 cuando se creó la primera de ellas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Hoy en día hay seis universidades del país que la incluyen en sus planes de estudios como disciplina independiente. Si bien existen vínculos institucionales a nivel de departamento o Facultad, el hecho es que tiene que defenderse sola. Esta necesidad imperativa aún no parece sentirse a plenitud. Ya no basta sentirse antropólogo fuera del círculo de la antropología académica y tampoco ésta se reduce a un oficio técnico ya que no existen escuelas para técnicos de excavación en el país.

Una posibilidad que queda reside en la concentración de una metodología propia en la línea adoptada por Uhle al emplear técnicas y métodos de la Prehistoria europea. Esta, sin embargo, no ha permanecido en el mismo nivel que tenía a comienzos del siglo. La aplicación de multitudes de enfoques y técnicas y disciplinas de las ciencias naturales ayudan en entender tanto los cambios, el manejo y el impacto de los recursos naturales en sociedades del pasado de los más diversos grados de complejidad. Este conjunto es de un potencial enorme para el campo de la biogenética por la extraordinaria conservación de restos botánicos y zoológicos, pero apenas explotado por los arqueólogos peruanos. Problemas como la domesticación, justamente enfatizados por Tello, requieren de plantemientos acordes a la complejidad del problema, en el cual la posición del arqueólogo debería ser central. La antropología física, que Uhle utilizaba más como instrumento de definiciones y evaluaciones raciales, se ha convertido en vehículo productor de múltiples datos sobre características individuales y sociales. Cerámica, metal, piedras preciosas, etc. no solamente deben verse como materia prima para artefactos clasificables en tipos, sino los aspectos de sus tecnologías de producción y lugares de extracción adquieren cada vez más importancia, también para ayudar a resolver problemas de distribución, imitación, importación, etc. De mayor importancia también son los estudios de aspectos ideológicos plasmados en arquitectura ceremonial, entierros, depósitos rituales, etc. en cuanto a su relevancia en torno a actividades rituales y conceptos religiosos.

Esto hace entrever la necesidad de enfoques multi e interdisciplinarios mucho más allá de la controversia historia vs. antropología. Ambos términos encierran múltiples significados que no se excluyen mutuamente. Sería absurdo negarle a la arqueología el aspecto de profundidad temporal con todo lo que ello implica como igualmente sería absurdo en contemplar la antropología como una disciplina a o antihistórica con conceptos inamovibles.

Si aceptamos esto sería mucho más aconsejable tratar de llegar a una fusión de los enfoques de Uhle y Tello en vez de crear cismas poco productivos, aprender del profesionalismo desplegado por ambos en un mundo actual diferente al de ellos, en el cual muchos de los sueños de ambos deberían ser realizables gracias al alcance de medios inmensamente más efectivos que aquellos disponibles hace más de medio siglo.

En este sentido tanto Uhle como Tello no son precursores obsoletos de la arqueología peruana moderna, ambos han contribuido decisivamente a su formación y sus aportes aún encierran estímulos para problemas vigentes, por lo cual el estudio de sus obras y más aún del enorme cúmulo inédito de sus datos y de su material es de un beneficio directo cuya implicancia es imposible de trazar con exactitud.

REFERENCIAS*

Carrión Cachot, R.

- 1948 La Cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1), 99-172.

Dauelsberg H., P.

- 1995 Dr. Max Uhle: Su presencia en Chile, de 1912 a 1919, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 15, 371-394.

Espejo Nuñez, J.

- 1948 Bibliografía del Dr. Julio C. Tello. Índice cronológico, *Revista del Museo de Antropología y Arqueología* 2 (1), 62-66

Friedel, P.

- 1994 A conversation with Gordon Willey, *Current Anthropology* 35 (1), 63-68.

Kaulicke, P.

- 1994 Los orígenes de la civilización andina. Arqueología del Perú, en: J. A. del Busto D. (ed.), *Historia General del Perú* I, Lima.

* Para referencias de Uhle, cf. este volumen Parte B, VI.

-
- 1997 La polémica Riva-Agüero vs. Uhle, su transfondo y sus implicancias, *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 21 (1994), 135-145.
- 1998 Balance de la arqueología peruana en relación a su carácter interdisciplinario, *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 22 (1995), 113-124.
- Morales Ch., D.**
- 1993 Historia arqueológica del Perú (del Paleolítico al Imperio Inca), en: C. Milla Batres (ed.) *Compendio Histórico del Perú I*, Lima.
- Montesinos, F. de**
- 1957 *Memorias Antiguas Históricas y Políticas el Perú*, Cuzco.
- Rowe, J. H.**
- 1954 Max Uhle, 1856-1944; a Memoir of the Father of Peruvian Archaeology, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 46 (1), Berkeley/ Los Angeles.
- Santisteban Tello, O.**
- 1956 *La obra docente y doctrinaria de Julio C. Tello*, Lima (originalmente publicado en *Educación VIII* (18), 27-72 [1954]).
- Seler, E.**
- 1923 Viaje arqueológico en Perú y Bolivia [Trad. de 1912], *Inca* 1 (2), 355-374.
- Tello, J. C.**
- 1918 El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y sus representaciones en el antiguo arte peruano, *Revista Universitaria XIII* (III), 477-533, Lima.
- 1920 Cultura Arcaica, Cultura Media y Cultura Alta. Prólogo a C.R. Markham, *Los incas del Perú*, Lima.

-
- 1921 *Introducción a la Historia Antigua del Perú*, Lima.
- 1923a Wirakocha, *Inca* I (1), 94-320; I (3), 583-606, Lima.
- 1923b Observaciones al discurso del Profesor Seler, *Inca* I (2), 375-382, Lima.
- 1929 *Antiguo Perú. Primera Epoca*, Lima.
- 1939 *Las primeras edades del Perú, por Guamán Poma. Ensayo de Interpretación*, Lima.
- 1942 Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas, *Actas y Trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Lima 1939*, I, 589-720, Lima.
- 1945 El país de los Inkas, en: *Perú en cifras 1944-47*, 592-613, Lima.

Tello, J. C. y P. Miranda

- 1923 Wallallo. Ceremonias gentílicas realizadas en la región cisandina del Perú. Distrito arqueológico de Casta, *Inca* I (2), 475-549, Lima.

Urteaga, H. H.

- 1914 *El Perú, Bocetos históricos*, Lima.

Weiss, P.

- 1948 Tello hizo ciencia como los Inkas, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* II (1), 50-52, Lima.

Wiese, C.

- 1913 *Las civilizaciones primitivas del Perú (apuntes para un curso universitario)*, Lima.

Willey, G. R.

- 1985 Junius Bouton Bird and American Archaeology, en: C. B. Donnan

(ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, 7-26, Dumbarton Oaks, Washington, D. C.

Willey, G. R. y J. M. Corbett

1952 Early Ancon and Early Supe Culture. Chavin Horizon Sites of the Central Peruvian Coast, *Columbia Studies in Archaeology and Ethnology* 3, New York.



Figura principal de la puerta monolítica de Akapana (Stübel y Uhle 1892, lám. 8).